

# I

## LA FUENTE HUÉRFANA

**H**abía perdido la noción del tiempo mientras contemplaba el fresco. Instintivamente, se subió la cremallera del anorak porque sentía bajo la ropa el avance de la humedad y del frío de la capilla. De pronto, una sonrisa amarga se dibujó en su rostro: no era la temperatura de la iglesia la que le arrancó el estremecimiento, sino la certeza de que Masaccio había pintado en Eva, a la vista de todos, pero convenientemente codificados, los signos de los agravios y las desventuras de su sexo. Recogidos en la mueca, que ahora observaba reflexiva y más tranquilamente, reconoció los malos tratos, las violaciones, asesinatos, abusos y muerte que, bajo diversas formas de tortura, se ha infligido a las mujeres desde el preciso momento en que a Eva le asomó la desesperanza a la cara.

Isabel Daroca no era ajena a esos ultrajes, aunque en su caso se cuidaba mucho de exhibir públicamente los estragos de su particular expulsión del paraíso.

Esa mañana, tras ducharse, contemplando satisfecha el reflejo todavía juvenil que devolvía el espejo del baño del hotel donde solía alojarse en Florencia, había decidido acercarse a Santa María del Carmine. Su cita con el técnico de ENEA<sup>1</sup> no era hasta las cuatro, de modo que disponía de unas horas para pasear por la ciudad. El trabajo iba a ser rápido y de favor. Sus colegas del JRC de Ispra<sup>2</sup> le habían pedido, *ya que estaba allí*, verificar la recogida de una fuente huérfana<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup>Agenzia Nazionale per le Nuove Tecnologie, l'Energia e lo Sviluppo Economico Sostenibile. Inicialmente, sus siglas representaban a la Agencia Nacional de Energía Atómica. Posee centros de investigación en varios lugares de Italia, entre los cuales se encuentran Ispra y Casaccia, citados en esta obra.

<sup>2</sup>Joint Research Center. Ubicado en Ispra, Italia. Originalmente, dependió del Comitato Nazionale per l'Energie Nucleare. En 1961 fue transferido a la Comunidad Europea convirtiéndose, en 2004, en un laboratorio de referencia para el control de alimentos.

<sup>3</sup>Fuente radiactiva fuera del control normativo, robada, trasladada, abandonada, perdida o instalada sin autorización.

—De esas cosas se encarga aquí NUCLECO<sup>4</sup> —protestó cuando la llamaron—. Además, ¿y vosotros?

—Haznos ese favor, anda. Ve con el chico y asegúrate de que todo se haga según los reglamentos. Dos horas máximo. Prometido. Ah, y por favor, que manden ese cacharro a Casaccia, que no nos lo traigan aquí, que tenemos un lío de mil demonios.

Se recogió el pelo con una diadema y extendió el espejo, estirando la tijera al máximo, de modo que pudiera hacerse la raya cómodamente. Nadie le daría más de treinta años, dado que no había indicios de madurez más allá de las inapreciables patas de gallo en torno a los ojos y a ciertos surcos reflexivos en su frente. Pero tenía cuarenta y el mérito de que el tiempo pasara en ella de soslayo no era suyo, sino de sus padres, que le habían legado un cuerpo delgado, ágil y fibroso, coronado por un rostro ovalado casi simétrico, de rasgos equilibrados. En el abundante cabello negro asomaba, desde la sien izquierda, un incipiente mechón canoso que moderaba la imagen juvenil: cejas ligeramente angulosas sobre unos ojos verdes oscuros, grandes y atentos a cualquier detalle, pómulos altos, labios finos y desiguales, y mentón fuerte.

Sonrió y aparecieron los hoyuelos en las mejillas. Entonces soltó una carcajada alborotada que fue extinguiéndose poco a poco, mientras sus facciones recuperaban la serenidad necesaria para utilizar el *eyeliner*: única concesión a los dos días de permiso extraordinario que estaba utilizando en remendarse a su modo, como solía hacer cuando intuía deformaciones en el bronce de la armadura invisible que la parapetaba del mundo.

Se dirigió al Carmine recorriendo el Ponte Vecchio Torció a la derecha para enfilear el Borgo de San Jacopo y la Via di Santo Spirito, camino de la plaza de la iglesia-convento donde se alojaba la capilla Brancacci, y se felicitó por haber elegido el anorak, los tejanos viejos y las zapatillas de deporte. Andaba rápido, concedora del entorno, pero concentrada en no resbalar con los últimos restos del rocío y la humedad que subía de las orillas del Arno. Su ligereza y la elección del vestuario funcional

---

<sup>4</sup>Empresa italiana encargada de la gestión de residuos radioactivos de baja y media intensidad cuya sede se encuentra ubicada en Casaccia. En 2004 se hizo una partición de su capital de modo que el 60% pasó a formar parte de SOGIN y el 40% de ENEA. Desde ese momento amplió sus competencias y pasó a intervenir en tareas relacionadas con el desmantelamiento de las centrales nucleares italianas.

disuadían a los madrugadores, que se asomaban a la calle, de piropearla y tratar de entablar conversación con ella.

La capilla se había salvado en el siglo XVIII de un incendio devastador. *Miracolosamente*, dirían después, aunque para entonces sus frescos ya habían cumplido su objetivo didáctico, arraigando en el estilo de los pintores renacentistas.

Actualmente, seguía despertando la admiración de los visitantes. *Miracolosamente*, pensaba Isabel, considerando las nuevas modas. Por su parte, ella procuraba regresar siempre que visitaba Florencia, atraída por su magnetismo. Los frescos de Masolino y de Filippino Lippi contrarrestaban el patetismo de *La expulsión de Adán y Eva del paraíso*, de Masaccio, haciendo único aquel lugar.

Ahora, con la certeza recién adquirida de la marca de la infamia, que creía leer en el rostro de Eva, recordó un dibujo similar de Goya en papel listado, en sanguina y tinta de bugalla. Don Francisco, concluyó pensativa, conocía, como Masaccio, el secreto de la desesperación.

Los ojos adiestrados de Isabel recorrieron el contorno de las figuras, intuyendo el trabajo diario del pintor. Cada día, éste debía elegir calculando por lo bajo y sin excederse, los motivos que iba a pintar. Era preciso, para preparar la fina capa húmeda de polvo de mármol, cal y agua —el *intonaco*<sup>5</sup>— sobre la que iba a trabajar. Ahí residía la dificultad del fresco: en camuflar las juntas que el secado producía a diario, en cada *giornata* de esfuerzo. A veces, más adelante en el tiempo, los pintores utilizarán el trampantojo para disfrazar estas imperfecciones. Otras, simplemente plasmarán una arquitectura particular y aprovecharán el uso de la perspectiva para crear audazmente simetrías, composiciones oblicuas, en pirámide, horizontales o verticales, con las que eliminar el problema, haciéndolo imperceptible al tiempo que armonizan la obra.

Ciertos trabajos hechos a conciencia, pensó Isabel, exigen una planificación cuidadosamente estudiada si se desea obtener el resultado deseado.

Se detuvo, de nuevo, en el rostro quejumbroso de Eva, escudriñando la expresión, atisbando más allá, reconociéndose en el fresco. También en ella, alguien había planificado concienzudamente largas *giornatas* de trabajo diario; también en ella, como en sus compañeros arrojados veinte años atrás al pozo sombrío de Evin, la peor

---

<sup>5</sup> Capa fina formada por polvo de mármol, agua y cal apagada sobre la que se pinta al fresco cuando está todavía húmeda.

prisión de Teherán, alguien había decidido dónde y cómo dejar las huellas. Pero no se tomó la molestia de inventar puntos de fuga, geometrías o trampantojos que disfrazaran el resultado. Dejó la faena para quienes posteriormente quisieran llevarla a cabo. Quizá los torturados o sus familiares. O nadie.

En 1983, en la recién inaugurada República Islámica de Irán, la radio vomitaba constantemente eslóganes del tipo “*nosotros ejecutamos diariamente cincuenta personas*”. La Savak<sup>6</sup> había hecho el trabajo sucio para el Shah Pahlevi<sup>7</sup> entre las clases medias del país. Nada nuevo en una sociedad acostumbrada, desde sus orígenes, a perder siempre todo cuanto poseía. El pueblo intentaba recuperar su orgullo yendo a la mezquita, donde podía sentirse partícipe de algo indefinido. En ella se refugiaba, y de ella emergía purificado tras restañar sus heridas. El brocal en el patio no estaba situado solamente para las abluciones previas al rezo. En un país como Irán, el agua arrastraba la podredumbre moral y el hedor de la corrupción y el descontento, daba ánimo y coraje y preparaba a los fieles para seguir sufriendo. Porque los padecimientos de los chiitas<sup>8</sup> son una especie de pecado original: cuesta mucho borrarlos y acompañan a la persona desde su mismo nacimiento.

Resulta difícil de creer que nadie anticipara lo que iba a ocurrir tras años dando coba a la familia real, mientras la dinastía Pahlevi asesinaba y se enriquecía a sí misma y a sus acólitos. Irán había visto desvanecerse las promesas incumplidas del último Shah, relativas a las mejoras sociales que iba a promover gracias a la subida del precio del crudo. Por su lado, Pahlevi había amasado montañas de capital cuyos beneficios, invertidos siempre en el extranjero, se le escurrían entre los dedos. Era el dinero anhelado, el maná que todos esperaban. El que debía sufragar las nuevas infraestructuras, la educación y la comida.

---

<sup>6</sup> Policía secreta del Shah.

<sup>7</sup> Shah: título dado en Irán a sus monarcas.

<sup>8</sup> Chiismo. Rama del Islam que sostiene que el liderazgo de la religión, a la muerte del Profeta, lo ostentó Alí, sus dos hijos y los sucesivos Imames hasta el duodécimo. Actualmente esperan al Mahdi, que debe volver como “el que se levantará” para restaurar la justicia en el mundo en el día de la resurrección.

Quizá por estos motivos, Jomeini<sup>9</sup> azuzó la sociedad iraní desde su exilio en Neauphle-le-Château, lanzándola furiosamente como quien libera un proyectil con su honda, obnubilándola con promesas que recordaban vagamente las proclamas de Reza Pahlevi. Iba a llevar a cabo una reforma agraria, nacionalizaría los bancos, haría plenamente iraníes los sistemas de crédito, el petróleo... todo ello en beneficio del pueblo. El maná iba a caer suavemente sobre todos. Y él iba a ser quien lo facilitara. Los iraníes, ahítos del horror de la Savak y del despotismo y la megalomanía del Shah, le pusieron una alfombra roja a sus pies.

Pahlevi acabó marchándose de vacaciones indefinidas a una finca que Walter Annenberg<sup>10</sup> poseía en los Estados Unidos. Los treinta mil millones de dólares expoliados al pueblo iraní le abrieron la puerta del país. Justo entonces, Jomeini aterrizaba en Teherán y empezaba a prodigar sus favores. El primero de ellos fue la constitución, su constitución, en la que engastó cuidadosamente, como si de una esmeralda se tratara, el axioma de que él era “el custodio de los asuntos de la nación en ausencia del Duodécimo Imán”. A continuación, el autoproclamado custodio cogió carrerilla. Ejecutó al general Ghaffarian y al resto de la cúpula militar, instauró el Gobierno de los Teólogos —llamado *Velayat e Faqih*—, que le permitía colocar en el poder a quien él deseara, y ordenó abrir fichas policiales a quienes no tuvieran por costumbre rezar, dado que no rezar era signo de corrupción. Por lo tanto, había que rezar. Jomeini lo expresó del siguiente modo: En Irán, quien no es íntegro desconoce el modo de dirigirse a Dios.

Sólo cuando el ministro de defensa Madani pidió públicamente que cesaran las ejecuciones, pudo comprobarse que el cambio de sistema de gobierno no iba a mejorar las condiciones del país. Lamentablemente, ya era tarde. Tampoco él había interpretado correctamente las señales. Ese mismo año, treinta mil ajusticiamientos después, Jomeini acabó entregando a la Asamblea de Expertos —el *Majlis e Jobregan*—, con los ojos arrasados por las lágrimas y a través de su hijo Ahmad, el que sería su testamento político.

---

<sup>9</sup> Ayatolá Seyed Ruholá Musavi Jomeini. Líder religioso y político iraní que el 1 de abril de 1979 proclamó la República Islámica de Irán.

<sup>10</sup> Uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos y antiguo embajador de su país en Gran Bretaña. Puso su casa a disposición de la familia Pahlevi cuando ésta fue expulsada de Beverly Hills, tras su huida de Irán.

España había firmado con Irán unos años antes, en 1973, un acuerdo comercial que abrió la puerta a una sucesiva serie de acercamientos e intentos de establecer líneas de negocio entre los dos países. En febrero de 1982 Jomeini envió al jefe del Movimiento de la Reconstrucción Nacional —el *Djabad e Sazandegui*— a entrevistarse con Pérez-Llorca<sup>11</sup>, el ministro de Asuntos Exteriores . Había que explicar al gobierno español, y a los empresarios que iban a invertir en Irán, cuál era la nueva situación del país. Y el resultado final de este despliegue diplomático fue que la cooperación entre ambos países empezó a intensificarse.

Los ministros Álvarez de Miranda<sup>12</sup> y Cerón<sup>13</sup> apuntalaron posteriormente el asunto técnico. De este modo, diversas empresas de construcción primero, y suministradores de materias primas industriales después, establecieron su campo de operaciones en un país que demandaba, sobre todo, obras públicas de ingeniería civil.

Luego vinieron los productos siderúrgicos, los alimentos, los fármacos y un largo etcétera, hasta que España se dio cuenta en 1983, cuando Isabel Daroca aterrizó con su familia por primera vez en Teherán, que una quinta parte del crudo que importaba provenía de Irán.

En ese momento era una joven de casi veinte años. Había costado convencerla para que les acompañara, pero al final, su padre, tenaz y persuasivo, obró el milagro.

—Cielo, serán sólo los dos meses de verano. Si no te convence, puedes volver con los abuelos y empezar el curso aquí —*José, sé cariñoso, le había recomendado su mujer. La chica tiene su propia vida*—. Si ves que aquello te gusta, lo hablamos, porque la representación comercial puede arreglar las cosas con la universidad de Teherán. ¿Te parece bien?

—¿Arreglar qué, papá? Dos meses has dicho... ya veremos. No me gusta demasiado lo que leo sobre Irán. Especialmente ahora, que aquí podemos hablar en voz alta y no pasa nada.

—Sí pasa, sí —contestó Elena, que no había intervenido hasta ese momento, dejando que su marido llevara el peso de la conversación. Sus ojos verdes, los mismos

---

<sup>11</sup> José Pedro Pérez-Llorca Rodrigo. Ministro de Asuntos Exteriores de España desde 1980 hasta 1982.

<sup>12</sup> Alfonso Álvarez de Miranda. Ministro de Industria de España en 1975.

<sup>13</sup> José Luis Cerón Ayuso. Ministro de Comercio de España en 1975.

que Isabel había heredado, atentos a cualquier señal, sondeaban el rostro de su hija durante la conversación, en busca de signos que pudiera reconocer. Pistas de su propia incertidumbre ante el inminente viaje—. Fijaos en el golpe de estado. ¡Casi nada pasa aquí cuando se habla en voz alta!

Se decía que para finales de año Luis Velasco<sup>14</sup>, el Secretario de Estado de Comercio, iba a visitar Irán. Las exportaciones habían subido considerablemente y empresas como Ensidesa, Fasa-Renault, Dragados y Construcciones y, naturalmente, Cepsa y Petronor, estaban trabajando duro para introducirse en el país. Se proyectaban puertos nuevos y se hacían obras en el de Bandar Abbas, en pleno estrecho de Ormuz, Gespaminsa promocionaba proyectos e inversiones españolas, etcétera. Tanto proyecto requería engrasar y mantener las relaciones en buen estado. El Secretario de Estado estaba listo para coger el limón y exprimirlo cortésmente, pero también con eficacia.

La mentalidad española, establecida en el simple quijotismo o bien, instalada en el polo de la rapiña y la usura, nunca promediada, había dificultado inicialmente las cosas para todos. Para evitar cualquier tropiezo, la empresa metalúrgica, en cuyo sector de ventas trabajaba José Daroca, iba a tratar de abrir brecha apostando fuerte: Cuando el señor Velasco pusiera el pie en Teherán, la cara de José Daroca debía ser la primera que viera en el aeropuerto.

Isabel relajó la vista con íntima satisfacción y se dirigió hacia la salida de la capilla, concentrada en sus sensaciones más recientes. Bajó de un salto los seis escalones que la separaban de la plaza, que empezaba ya a estar algo cargada de coches, y se apresuró hacia el hotel. Era casi mediodía y lucía un sol de noviembre excelente, luminoso y cálido, que la obligó a desabrocharse el anorak para estar más cómoda. Sorteando varias obras que dificultaban el paso por la Via Pratolini, giró hacia la izquierda para pasar bajo la arcada de la Via di Cestello y salir a la plaza del mismo nombre, atestada también de coches, desde donde ya se veía el Arno.

---

<sup>14</sup> Luis de Velasco Rami. Secretario de Estado de Comercio de España desde 1982 a 1986.

Se apoyó en el pretil y observó discurrir el agua sobre el contorno redondeado del salto que atraviesa el río a esa altura. Se había hecho preciso dominar su carácter torrencial, que se había cobrado sus trofeos en diversos momentos de la historia de la ciudad. El agua había dejado profundas cicatrices en edificios y obras de arte, mientras modelaba al florentino análogamente a como éste hacía con los bloques de mármol extraídos de las canteras blanquecinas de Carrara.

Se había ganado un puesto en el OIEA<sup>15</sup> tres años atrás como oficial de información, en el Departamento de Seguridad Nuclear. Un trabajo que le había permitido viajar por medio mundo analizando y produciendo patrones de seguridad, aconsejando en las reuniones de gobernadores de la organización e intentando convencer a los estados miembros para ceder y compartir la información que poseen sobre prácticas y actos ilícitos. El objetivo de sus cometidos era alimentar la base de datos de tráfico e incidentes, la ITBD<sup>16</sup>. En enero concluía su contrato, pero había solicitado una extensión de dos años más. Lo normal en quienes trabajan en el VIC<sup>17</sup> y se han trasladado con sus familias a Viena.

—No te lles a Marian a Austria, cariño. Déjanosla a nosotros, anda. No es buen momento para ella. —Sí lo era y su madre sabía que tenía la batalla perdida de antemano.

Marian cursaba segundo de Físicas en la universidad y en su cabeza soñadora seguían resonando las palabras que Isabel le dijo años atrás, señalándole el firmamento nocturno, tumbadas las dos en una playa solitaria del norte de Menorca, pegados sus cuerpos bajo la manta, casi susurrando: *Podríamos refugiarnos en cualquiera de ellas, lejos del alcance de todos, seguras, a salvo*. Entonces giró la cabeza y su mirada,

---

<sup>15</sup> IAEA, en inglés. Organismo Internacional de la Energía Atómica. Creado por las Naciones Unidas en 1957 bajo el nombre de “Átomos para la paz”. Trabaja en el ámbito de la seguridad y protección nuclear y desarrolla, entre otras, las misiones de verificación de instalaciones para las Naciones Unidas. La sede de su Secretariado se encuentra en Viena, aunque posee oficinas en Toronto, Tokio, Nueva York y Ginebra.

<sup>16</sup> Base de datos creada por el OIEA. Incorpora información proveniente de 122 estados participantes y de varias organizaciones internacionales sobre accidentes y tráfico ilícito con materias radioactivas. A través de su análisis se intenta prevenir el uso ilegal de materiales potencialmente peligrosos.

<sup>17</sup> Vienna International Center. Complejo de oficinas, a orillas del río Danubio, que aloja el Secretariado del OIEA.



ausente y muy lejana todavía, advirtió al cabo de unos instantes, el gesto inquisitivo de la niña. *Pero para ello, primero necesitamos conocerlas mejor*, añadió. Y le plantó un beso en su pequeña nariz.

—No digas tonterías, mamá. Está entusiasmada y si es el idioma lo que te preocupa, descuida: ya sabes que tiene facilidad.

—La ha heredado de ti, claro —lo dijo encogiéndose resignadamente de hombros, sabiéndose sin posibilidades. En el fondo, lo había intentado por su marido. Su nieta constituía, para ellos, una segunda oportunidad. Para ella, una vuelta a la pureza perdida en Irán veinte años atrás; para José, una posibilidad de redención.

Los tres años que siguieron fueron para Marian, que seguía creciendo ante los ojos de Isabel como una extensión de sí misma, de una extrema felicidad. Su capacidad lingüística no era lo único en lo que se asemejaba a su madre. Salvo por la mirada, dos ojos grises grandes y almendrados en turno de alerta permanente, el resto parecía un calco perfecto de Isabel. *Indicios de la ruina* —recelaba ésta, observando a su hija, intuyendo moverse nerviosas, sobre el invisible cuero de su pecho, las viejas placas de bronce que nadie conocía, salvo ella—. *Señales, humo y ruido de batalla*. Desconocía el motivo del toque de rebato, pero mientras registraba meticulosamente ciertos gestos, silencios y miradas en el rostro de Marian, todo apuntado fugazmente en fracciones de segundo a lo largo de los años, sentía que toda su vida se desmoronaba. Luego, tras el centelleo fugaz, tras la certeza, la calma. Y el frío.

*¿Es así como ocurre, se preguntaba, la historia asomando amenazadora, ajena a nuestra voluntad, cobrándose sus piezas mientras nos mantiene en nuestro purgatorio particular?*

Isabel Daroca había hecho todo lo posible durante veinte años para insuflar vida en su hija. Utilizando únicamente sus manos para modelar con cuidado el carácter de la niña, desbastó en sí misma con cinceles, martillos y taladros, todo lo que no deseaba ver reproducido en ella: las juntas de las *giornatas* de Evin, el marasmo posterior a la tortura, cuidadosamente planificada por los guardias, y la muerte prorrogada. Había decidido equilibrar la obra dándole a Marian una posibilidad, lo que no había sido nada fácil. Primero hubo que recoger lo que quedaba de sí misma, disperso en la orilla tras el naufragio; a continuación, sola y apremiada por el tiempo, utilizó lo que pudo para unir

las piezas del puzzle y, casi al final, el logro extremo de nueve meses de expiación, alumbró a Marian. En ese momento, decidió revestirse imperceptiblemente de bronce para protegerse. Comprobó bien las hebillas y las correas, y se juramentó ante el futuro. Nadie más osaría herirla. Nunca más.

—¿Eres Marco? —dijo levantándose mientras le tendía la mano, pese a que ya había reconocido al técnico de ENEA desde donde se encontraba, repantingada en uno de los sofás del hall. Aire desenvuelto, maletín de cartero elaborado en finísima piel de la Toscana, en bandolera sobre la americana de lino azul marino. Camiseta de algodón blanca, Levis desgastados y mocasines a juego. De tipo atlético, nervioso, estatura media y corte de pelo militar.

—Eh, sí. Encantado. Marco Borrelli. Isabel, *non è vero?*

Un apretón firme y dos besos en las mejillas. Olor a laurel, a limón y a salvia. Lucía una perilla fina, incipientemente canosa y delineada con esmero alrededor de los labios carnosos y de aire socarrón. *Muy italiano*, decidió Isabel, y *muy tunante. Desea causar buena impresión porque sabe que debe hacerlo bien, pero quiere completar el trabajo dándole su pátina particular, el envoltorio mediterráneo. La Historia y todo lo demás.*

—¿Nos da tiempo a un café?

—Sí, claro... —Borrelli hacía ya señas al camarero sin dar tiempo a que Isabel se sentara. —Bueno, espero que entiendas que mi papel aquí...

—*Uomo avvisato non muore in guerra.* Tranquila, he hablado con mis jefes. Eres del OIEA de Trieste y hoy nos acompañas para echarnos una mano. *Oggi a te, domani a me* —concluyó con una amplia y blanquísima sonrisa que contrastaba con el tono moreno de la piel. *El enfoque no es el correcto*, pensó Isabel.

Reflexionó unos segundos antes de cruzar una pierna sobre la otra, tamborileando sobre el apoyabrazos derecho.

—En realidad, trabajo en Viena. Estoy de paso en Florencia y los de Ispra me han pedido que os acompañe. Un favor. Ya sabes, los programas de cooperación internacional y todo eso. Consejo técnico. Algo sobre falta de personal o que vuestros

equipos están ocupados. Y, desde luego, nada vinculante, nada sobre el papel. Simplemente, no estoy, sólo eso.

Lo dijo con cierta desgana. No deseaba ataques de celos del técnico de ENEA, ni tampoco que su nombre constara en ningún documento, ni que los del JRC de Ispra, con quienes había trabajado en algunas ocasiones, pensarán que no correspondía a su confianza. Pero, sobre todo, deseaba acabar rápidamente para regresar a Viena, junto a Marian.

—Ah, *bene*. Espero, entonces, que me permitirás compensarte llevándote luego a cenar —*muy italiano, muy tunante...*

—Ya veremos, de momento tenemos trabajo por delante. ¿Sabes de qué se trata?

Lo sabía, claro. Una fuente de Co-60<sup>18</sup> utilizada por una empresa de alimentación para irradiar semillas y esterilizarlas. Era una fuente en desuso<sup>19</sup>, no una *huérfana*, como mencionaron los del JRC. En un control rutinario, los de Sanidad habían informado al empresario sobre la caducidad de la fuente: llevaba trabajando con ella doce años, es decir, dos más del límite establecido. Un retraso indebido de dos años, por lo menos, en la información del registro de la fuente. Lo normal, pensó Isabel, acostumbrada a asuntos de mayor envergadura. En cualquier caso, la tarea consistía en ir allí e inmovilizarla, caracterizarla, desmantelar el equipo y evacuarlo. La empresa se quedaría sin aparato esterilizador hasta su reposición. Los de Ispra tenían unos protocolos bien elaborados, que habían refinado y puesto en marcha en 1999, para recoger y confinar este tipo de desechos. Pero estaban liados, habían dicho, y debían declinar la ejecución.

—Está todo *bene* —dijo Marco—. Tenemos la preautorización de movimiento firmada por la oficina del Prefecto y sólo hace falta llevarse los racks<sup>20</sup> a Casaccia.

En ese momento, Isabel cayó en la cuenta: la garantía financiera. La responsabilidad de la fuente es del usuario, que debe mantener el registro y elevar su

---

<sup>18</sup> Isótopo radiactivo sintético de cobalto utilizado en procesos de esterilización y preservación de alimentos.

<sup>19</sup> Fuentes radioactivas gastadas que requieren ser desinstaladas, tratadas y almacenadas en condiciones de seguridad física por los organismos autorizados para ello.

<sup>20</sup> Disposición en racks. Disposición estructural vertical que asegura la inmovilidad.

informe, como mucho, cada doce meses. Es él quien debe devolverla al proveedor, al expirar su vida útil, para solicitar el recambio. En este caso, el incumplimiento debía informarse a la Agencia Nacional de Protección del Medioambiente. *La medalla, claro, los laureles y el presupuesto. El envoltorio mediterráneo*, pensó.

—He citado al equipo operativo en la misma empresa —continuó Marco—. Asistiremos a la medición inicial, ventilaremos el papeleo con el dueño y dejaremos lo gordo para los chicos. Luego podremos cenar. Cada cual a lo suyo.

—Entonces, el negocio —respondió Isabel pasando de puntillas sobre la insistencia del italiano— ¿no ha solicitado el reemplazo?

—No, *cara*. El dueño ha echado la persiana.

—¿Ha cerrado, quieres decir? Mmm, eso facilita las cosas, imagino.

—No creas —respondió Marco—, porque en estos casos se tiene mucha prisa. El hombre se retira y está deseando largarse al Sur, a su tierra, a disfrutar del buen tiempo y a cuidar de los nietos mientras fríe huevos en la piedra negra de la *zona rossa*.

—La *zona rossa* —repitió Isabel mecánicamente. Se preguntaba en qué debía intervenir y en qué no durante las siguientes horas, cuando Marco llamó su atención refiriéndose a la prisa que parecía tener el empresario por cerrar.

—Los Campos Flégreos, *cara*. Piedra volcánica. El señor es napolitano y desea curarse del frío del Norte a la sombra del Vesubio, en la tierra que lo vio nacer. Ya sabes, el coche siempre hasta arriba de combustible y con algo de ropa y de dinero en el maletero. Lo imprescindible, por si acaso. En Nápoles, uno no se limita a ver el volcán a distancia, ¿sabes? Lo lleva dentro. O sea, se trata de gente cálida, fuerte y exuberante. Se sabe si uno es napolitano por el tono de voz y porque anhela volver. Siempre está deseando volver. Siente una melancolía especial por su tierra.

—Por freír huevos en la piedra pómez —sonrió Isabel.

—Por eso también, pero hace falta estar allí para entenderlo. No es sencillo.

El semblante de Marco se nubló por un instante. Isabel, experta fisonomista, captó el cambio de brillo de sus ojos, que ahora se mostraban ausentes

—El napolitano ha sido español, ¿lo sabías?

—Sí... *Desperta ferro*, si no recuerdo mal. La corona de Aragón.

—Exacto. ¿Ves por qué somos tan parecidos?

La miraba fijamente, inclinado el torso sobre la taza de café, las pupilas contraídas y el gesto concentrado, alerta.

—Nos parecemos, en efecto —reconoció Isabel—, pero no más que a los franceses o a los portugueses.

Marco se echó atrás suspirando, de nuevo relajado, e hizo un gesto conciliador con la mano.

—Hace mucho que no vas por casa, claro. ¿Me equivoco? Por eso razones de este modo. Verás, el español y el italiano somos producto del mismo oribe. Los dos hemos salido del mismo lugar, segregados y condenados por el mismo dios. Somos idénticos y, si uno presta atención, se da cuenta de que hacemos y decimos, del mismo modo, las mismas cosas...

Isabel, aunque incómoda, se sintió atraída por el tono agrio de Marco. Se había equivocado con respecto a él, producto seguramente de las lisonjas del italiano y de su personal prevención. No se trataba de un envoltorio vacío, atractivo pero exiguo. Al contrario, era alguien cuya conversación seguía una línea vagamente familiar que podría identificar con la suya propia. ¿Por qué, se preguntó, a pocas horas de volver al VIC, cuando debía estar concentrada en el encargo que tenía, se sentía atraída por ese desconocido?

—A vosotros y a nosotros nos han dejado en la cuneta en demasiadas ocasiones —continuó—. Aunque a Prometeo le harán cosquillas en el costado durante mucho tiempo todavía, no nos parece que sea castigo suficiente por haber ejercido de subalterno rastro de ese clasista de Zeus, ¿me equivoco? Porque la luz que nos proporcionó ni calienta ni alumbra lo suficiente. Por eso debemos buscar en otros sitios y por otros medios.

De nuevo, resonancias familiares del pasado en lo que decía. O en el tono que utilizaba. Isabel no lo identificaba claramente y, sin embargo, sentía cómo crecía su interés por el técnico de ENEA a medida que éste hablaba.

—Es posible —reflexionó, pensando en voz alta—. Dime, Marco, y tú, ya que citas a los dioses, ¿cuándo dejaste de tomar ambrosía y de beber néctar? —rio espontáneamente, bajando la guardia, sorprendida de sí misma.

—Ah, *cara*, cuando nací —respondió complacido—, aunque conozco un lugar reservado a gente como nosotros donde, pese al conspirador Zeus, todavía los sirven y al que espero que me acompañes esta noche.

Isabel sonrió, adulada por su insistencia, mecida por la extraña sintonía que el italiano había conseguido establecer entre ambos. Quizás fuera por su ademán extrovertido y por la discordancia entre la amplísima sonrisa, de dientes perfectos, y lo que salía por su boca. *Un disfraz que me atrae*, se dijo. *¿Y por qué no?* Pensando en ello, apuró el café frío de la taza y se levantó del sofá.

Se disponía de mucha literatura sobre incidentes con fuentes huérfanas o en desuso. Hacía tres años en Tailandia, por ejemplo, unos niños abrieron la cápsula de una fuente perteneciente a un aparato de radioterapia de un centro médico abandonado. Dieciocho días después, los hospitales se llenaron de gente que acudía cubierta de ampollas y quemaduras. Murieron tres personas.

La base de datos que Isabel alimentaba recogía casi dos mil incidentes similares. De ellos, alrededor de cuatrocientos se derivaban del comercio o de la posesión ilegal y en una decena había referencias a plutonio<sup>21</sup> o a uranio enriquecido<sup>22</sup>. En algo rutinario, como lo que se disponían a hacer, no había más que seguir los protocolos de seguridad. Pero no siempre había sido así. Uno podía encontrarse de todo. Lo habitual es que hubiera rastros de isótopos de cesio<sup>23</sup>, radio<sup>24</sup>, americio<sup>25</sup> o berilio<sup>26</sup>, y que el paquete

---

<sup>21</sup> Elemento derivado del combustible de los reactores nucleares. Puede separarse, almacenarse y reutilizarse en un ciclo de combustible reciclado para centrales nucleares. Admite el procesado destinado a armamento nuclear.

<sup>22</sup> Se trata de un producto proveniente del proceso del mineral del isótopo uranio 235 (U-235). Existen varios isótopos de uranio, pero sólo el citado tiene las características necesarias para sostener una reacción en cadena encaminada a la fisión nuclear. El proceso de su enriquecimiento es una fase obligada del ciclo del combustible de los reactores nucleares.

<sup>23</sup> Ce-137. Isótopo radiactivo utilizado en procesos de esterilización y preservación de alimentos y en el tratamiento del cáncer.

<sup>24</sup> Elemento químico radiactivo de número atómico 88, presente en la naturaleza generalmente acompañado de uranio.

<sup>25</sup> Elemento químico radioactivo de número atómico 95, obtenido mediante el bombardeo del plutonio con neutrones. Presente en los residuos nucleares del proceso de fisión nuclear.

viniera golpeado, rayado o, simplemente, que nadie quisiera saber nada de él y que hubiera que empezar de cero.

Pero ése no era el caso que la ocupaba. Marco había hablado de un esterilizador de semillas y de una disposición en racks. Seguramente, sería una planta completa que con una cinta móvil que cadenciosamente iba pasando las semillas por el irradiador. Los racks con las barras de cobalto estarían en una habitación aparte, protegida y señalizada. Y, lo más importante, pese a la irregularidad administrativa: el dueño de todo aquello quería jubilarse. Querría zanjar el asunto a conveniencia de todos. Eso la tranquilizaba sólo a medias. Ya había alargado la vida útil del aparato, exponiendo a las empresas a las que vendía su producto a unos resultados inciertos.

Llegaron tarde. Los técnicos compañeros de Marco se encontraban ya frente a la puerta, bajo el cartel, fumando apoyados en el camión de color blanco. Éste mostraba todavía vacías las guías para la señal romboide de transporte especial que debían colocar en la parte trasera. *Buenos chicos*, pensó Isabel sintiéndose observada por ellos, mientras Marco aparcaba su coche frente al camión, al otro lado de la calle. *Hechos a las rutinas del país*. Eran dos, y por la expresión de su cara al saludarlos, no se sentían muy ufanos de tenerla allí.

—*Piacere*, señora.

—Buenas tardes, lo mismo digo.

—La *signora* viene como observadora externa, amigos—dijo Marco, incorporándose al grupo—. Lo que ya os adelanté... Permíteme, Isabel, éstos son Piero y Francesco.

—Pero, Marco...

Piero gesticuló con las palmas unidas, moviendo las manos verticalmente, mientras Isabel desviaba la vista hacia la puerta de la fábrica: Steril Sicurezza SPA. Una ironía semántica que le arrancó una sonrisa que Piero interpretó a su modo.

—Esto se avisa. Habríamos preparado algo.

—Ya lo habéis hecho: estáis aquí con el camión, la traspaleta y todo lo demás.

---

<sup>26</sup> Elemento químico de número atómico 4 utilizado en la industria nuclear.

—Cazzo. ¡Marco, ya sabes a qué me refiero!

La puerta se había abierto e Isabel veía ahora acercarse penosamente al napolitano. Rostro sereno, pese a la marcada cojera y al dolor que seguramente sentía al andar bamboleando el cuerpo de lado a lado. Ellos estaban allí para levantar acta de un hecho fraudulento, de una irregularidad que debían informar a la Agencia de Medioambiente; en fin, de algo que quizá perjudicara sus planes de jubilación. Sin embargo, su semblante permanecía en calma. Extrañamente plácido.

—Sean bienvenidos, amigos. Me llamo Baldovino Scugnamillo. Pasen, se lo ruego. Acompañenme y les enseñaré las instalaciones.

Entraron los cuatro. Piero llevaba dos maletines con medidores Geiger-Müller<sup>27</sup>. Francesco, al final de la comitiva, dirigía la traspaleta eléctrica. Todos llevaban dosímetros individuales. A Isabel le extrañó no ver a nadie en ningún momento.

—Aquí las oficinas, aquí mi despacho, permítanme que vaya delante... Cierro, ¿saben ustedes? Soy el último aquí. Ya no queda nadie. Sólo yo.

Todo estaba muy ordenado pero la ausencia de trabajadores le provocaba a Isabel un nudo en la garganta. Al llegar a la sala de irradiación, el señor Scugnamillo abrió el conmutador y el sistema se puso en marcha, como en un tiovivo. Unos treinta metros cuadrados con una cinta de arrastre saliendo de una pared, describiendo una elipse cuyo punto más alejado desaparecía en una caseta al fondo de la habitación, reapareciendo por el lateral opuesto y regresando hacia la entrada.

Se giró sonriente hacia el cortejo atónito.

—¿Qué les parece? Ha sido mi sustento y el de mi familia durante los últimos treinta y cinco años. Y ahora debo dejarlo, ah.

—Y lo ha mantenido en marcha más de la cuenta, según nos han informado.

Marco era rápido de reflejos, apreció Isabel. Estaba bien empezar por ahí para que no todo fueran abrazos, batir de palmas y cafés en la *osteria* de la esquina.

---

<sup>27</sup>Contador Geiger-Müller o contador GM. Medidor de gas de partículas ionizantes. Se utiliza para comprobar la presencia de niveles de radioactividad.



—Y qué quería que hiciera. Ya soy mayor y no tengo las mismas facultades que antes... aunque mantengo algunas intactas, querida —dijo acompañando la frase con un guiño pícaro, sonriente bajo el bigote canoso. *Casi en Nápoles*, pensó Isabel. *Para él la visita, el desmantelamiento de la instalación y el cierre son puro trámite.*

—Pero hombre, señor Scugnamillo... las cosas no se hacen de este modo. Ahora nos obliga a informar, ya sabe —continuó Marco—. Tenemos al prefecto alerta, al intendente municipal, a los forestales, a los carabinieri, al gobernador, y hasta en el Vaticano esperan nuestra llamada. ¡La que ha liado, señor Scugnamillo, la que ha liado!

Los dedos de sus manos formaban un triángulo invertido que se movía incesantemente arriba y abajo.

Isabel veía desarrollarse la escena desde un lateral. El libreto lo componían los gestos de las manos, los torsos inclinándose adelante y atrás, la consternación y las sucesivas réplicas. Había que darles tiempo para que llevaran a cabo la liturgia de rigor. Si no hay consecuencias indeseadas en un incumplimiento, algo que todavía no sabían, es preciso reprender sin humillar, siempre que se admita que se ha metido la pata. El señor Scugnamillo debía aceptar que durante unos minutos se le iba a leer la cartilla. Era esencial que se mostrara humilde y arrepentido, cosa que suponía no le iba a costar, por la edad y por la proximidad de su retiro.

Cumplidos los trámites obligados, se acondicionará el residuo, Marco y el señor Scugnamillo firmarán la declaración de contenido, se subirán los racks al camión, con la ayuda de la traspaleta, y todos contentos. Unos camino de Casaccia, y otro a explorar las posibilidades culinarias de la piedra pómez. La sanción administrativa derivará finalmente en una multa que a Scugnamillo no le importará pagar desde donde fije su futura residencia.

—Si no tiene inconveniente, Piero y Francesco van a inspeccionar los racks. Díganos, ¿dónde se encuentran?

—Abajo, claro. Síganme.

La habitación a la que se refería estaba ubicada justo debajo de la construcción en la que desaparecía la cinta de arrastre. Salieron de la sala de irradiación dejando en ella la traspaleta, y bajaron por una escalera lateral que los condujo por un pasillo hasta una puerta negra en la que había pegada una señal triangular amarilla con el trébol normalizado de tres hojas: peligro radiactivo. Frente a ella, a ambos lados, había dos

bancos largos pegados a la pared, como poyos. Sobre ellos, unos percheros. *Una instalación algo anticuada y pobre*, pensó Isabel. Pero su sensación no encontró eco en la mirada que cruzó con Marco.

El señor Scugnamillo se dispuso a un metro de la puerta y se mantuvo expectante, permitiendo que Piero y Francesco se prepararan. Dándose la espalda, cada uno eligió un banco en el que depositó el maletín que portaba, extrajo de él el medidor e hizo las comprobaciones de funcionamiento habituales. Al finalizar, los dos buscaron con la mirada el *go* de Marco, que se había quedado inmóvil junto a Isabel en mitad del pasillo, observando atento toda la operación.

—Qué, ¿zanjamos el asunto?

—Tú eres el jefe —Isabel se encogió de hombros—. Yo ni pincho ni corto, mientras no me lo pidas.

—Entonces, vamos —susurró.

Confirmó con un gesto de cabeza. Piero y Francesco se volvieron hacia el señor Scugnamillo y avanzaron hacia la entrada. Mientras uno se inclinaba a setenta y cinco centímetros de la puerta, bajo el triángulo señalizador, trazando lentamente con el medidor líneas frente a sí, de hombro a hombro, el otro hacía exactamente lo mismo en el sector superior. *Va bene, va bene, va bene...*

De esta guisa reconocieron la distancia hasta la puerta. Al llegar, Francesco se giró hacia Marco, arqueando las cejas: *tutto è corretto*.

—Don Baldovino —intervino Marco—, díganos: ¿sabe cómo se llama la máquina?

—*Gorrión*. Ciento ochenta.

—¿*Gorrión dice*? ¡La que ha liado, señor Scugnamillo, la que ha liado!

Marco se frotaba la nuca mirando al suelo, aparentemente inquieto. Posiblemente, pensó Isabel, fuera un esterilizador Nordion C-188 de fabricación canadiense. Aunque podría ser un C-442, o quién sabe.

El dueño accionó una llave de seguridad en la pared y, a continuación, empujó trabajosamente la puerta, apartándose al instante. Los dos técnicos pasaron adentro

utilizando exactamente el mismo procedimiento que habían seguido para aproximarse a la puerta.

*Un C-188*, anuncio Francesco desde dentro. Marco suspiró aliviado. Un irradiador de categoría IV, un Nordion. Dejó de rascarse la nuca y miró relajado al empresario.

—Así que un *Gorrión*. ¿Y qué va a hacer ahora que se jubila, don Baldovino?

—Soy viudo, sabe, pero soy de la Campania y tengo nietos en Nápoles así que vuelvo a casa. Me mantengo con buena salud, la vida no me ha tratado mal.

—Claro, hace bien. La familia lo es todo.

El protocolo indicaba qué pasos seguir. Había que tomar mediciones de absolutamente todo y cerciorarse de que la dosis máxima en superficie no excediera los 0'2 mSv/h. Una vez seguros de que se podía trabajar dentro, Piero y Francesco debían tomar varias fotografías de la disposición de los racks y de la sala para el informe final de Marco. A continuación, había que echarles un vistazo pormenorizado a los tubos.

El Nordion C-188 era un esterilizador muy utilizado en alimentación desde su puesta en servicio en 1964. Se trataba de un buen aparato, seguro y fiable, de modo que era lógico que el equipo se tranquilizara, ahora que ya sabían con seguridad con qué tenían que vérselas. Utilizaba para sus fuentes el doble encapsulado en tubos de zircaloy<sup>28</sup> de 45 por 12 centímetros, según los requerimientos. Las pastillas interiores, del tamaño de una vitamina C efervescente, estaban muy bien protegidas. Estos tubos de órgano pasaban pruebas de estrés contra la punción, el shock térmico, la vibración o el impacto. Nordion los había colocado a miles alrededor de todo el mundo debido a su alta fiabilidad. Pese a ello, los dos técnicos debían observar atentamente todos los detalles, hacer las mediciones superficiales y buscar indicios de corrosión, arañazos o erosiones. De no encontrar nada, había que palparlos para verificar la ausencia de

---

<sup>28</sup> Tubos metálicos fabricados a partir de una aleación de circonio con otros elementos como el estaño, el níquel, el hierro y el cromo, en cuyo interior se almacenan herméticamente las pastillas de combustible nuclear. Proporcionan rigidez al conjunto y retienen en su interior los eventuales productos gaseosos de fisión.

puntos calientes. La integridad lo era todo, en este caso, porque iban a pasear esa carga en su camión durante cinco horas hasta poder depositarla en Casaccia.

—¿No tiene a nadie que se encargue de todo esto?

—¿Y para qué? Llevo mucho tiempo alejado de mi tierra, del calor, del sol y del mar. Hace ya unos años que enviudé y me quedé solo aquí. Mis hijos han formado sus propias familias e insisten en que debo seguirles a Nápoles. Y eso es lo que me dispongo a hacer.

—Bueno, ganará en calidad de vida.

—Es posible, pero no por lo que usted cree. Para mí el trabajo nunca ha sido una carga. Naturalmente, me ha causado preocupaciones y ha habido épocas donde he tenido que pelear duro porque nadie regala nada. Pero he conocido a mis trabajadores, ¿sabe? De verdad, quiero decir, profundamente. He asistido a sus bodas, a los bautizos de sus hijos, a las comuniones y, claro, también he acompañado en los funerales.

—Ya... —Marco miraba de reojo la entrada de la cámara, atento a cualquier señal. La letanía *va bene, va bene* era lo único que salía de allí.

—Es por la mar —continuó Scugnamillo—, ni siquiera por mis nietos, aunque me traen mucha felicidad siempre que estoy con ellos. Tampoco Nápoles, que ya ve qué ciudad... Es la mar, su luz, que es diferente a la de aquí, aunque no lo parezca. El olor, ¿sabe? El rumor del oleaje, que le acompaña a uno muy adentro, toda la vida. La paz y la guerra, todo en un instante. Porque hay señales en el horizonte que hay que saber leer. Fíjese, la llamo así, la mar, yo que nunca he navegado, por el respeto que me produce. Muchos de mis amigos de la infancia sí acabaron haciéndolo. Como marineros. Ancianos precoces, con suerte, muy sabios, pero poco dados a charlar sobre lo suyo. Porque la mar les pertenece a ellos, a los que quedaron en el camino y a quienes los recuerdan. Los demás, evidentemente, no poseemos las claves para entender cómo se vive al borde del precipicio, azotado por las olas junto a la mismísima costa, sin saber si la que viene a continuación partirá o no la balandra. Yo sólo me paseo junto a la orilla, que es lo habitual en quien ha nacido, y ha sido bautizado, en la espuma del oleaje del Tirreno.

—Ya veo, ya veo. Muy poético, el mar y tal... ¡Francesco, Piero, abreviad, que es para hoy!

Marco se impacientaba, pero Isabel absorbía con interés las palabras del italiano. Ecos del pasado para alguien que se había apostado junto al mar numerosas veces, tanteando un terreno incierto en busca de respuestas que no siempre eran tranquilizadoras. Como le ocurría a ella frente a ciertas pinturas.

—*Tutto è bene!* —dijo Francesco al salir de la cámara—. Dos módulos de cuarenta y ocho barras. Muy básico.

—Vamos a tardar un rato —continuó Piero—. Acordonamos aquí y arriba, y lo sacaremos por la caseta superior, que es más fácil. En cuanto lo tengamos acondicionado y etiquetado, lo cargamos y a lo que nos digas.

—Perfecto —respondió el técnico, súbitamente contento—. Vosotros a lo vuestro. Nos comunicaremos por el Yaesu. Me informáis cuando iniciéis la marcha y cuando lleguéis a Roma. Ahora, nosotros vamos a cumplimentar el papeleo del traslado. Me llevo a la *signora. Il protocollo*. Don Baldovino, ¿qué le parece si arreglamos usted y yo la documentación mientras mis colegas se encargan de esto?

—Como usted quiera. Acompañenme a mi despacho, por favor.

Isabel y Marco siguieron sus penosas oscilaciones de lado a lado del pasillo, escaleras arriba, hasta su despacho particular. Ya no quedaba mucho allí, pero sí lo suficiente como para que Isabel consolidara sus impresiones sobre el napolitano. Una amplia ventana tras la mesa limpia de papeles y otro ventanal abierto en la pared opuesta, junto a la puerta de entrada, que daba al resto de oficinas, permitían prescindir de luz artificial. Ocho archivadores metálicos tapaban la pared derecha. Frente a la de la izquierda debió haber, a tenor de las marcas en el suelo, una zona dedicada a atender más familiarmente, con alfombra y juego de tres sofás. La pared estaba repleta, sin muchos signos de futura mudanza, de fotografías descoloridas del personal de la fábrica. Los diseños artísticos del pavimento de terrazo estaban delineados con mucho gusto por el albañil, utilizando desechos de obra en blanco y negro, inspirándose en los magníficos suelos con incrustaciones de mármol de la catedral de Siena.

A Marco le hacía falta el historial del dispositivo y que el empresario le firmara la cesión. *Declaro que el contenido de este paquete*, etcétera. Esos documentos iban a constituir su informe junto a las fotografías, el relato de la entrevista con el señor Scugnamillo, las mediciones, el plan de ruta, el de contingencias, el mapa del lugar y un horario detallado de cada paso dado.

—Treinta y cinco años, ¿sabe?

Isabel se había aproximado al collage de fotografías que tapaban la pared izquierda. Scugnamillo, reflexionando en voz alta, ensimismado en sus cavilaciones, se colocó a su lado.

—Es difícil dejarlo. Dejar una vida atrás. Usted es demasiado joven, no sabe...

—Se equivoca, señor. Sé perfectamente a qué se refiere —respondió Isabel.

El timbre oscuro empleado hizo que el italiano volviera lentamente su cabeza para fijarse mejor en aquella mujer.